

FUENTE *y* CUMBRE

Publicación Trimestral para los Ministros Extraordinarios de la Sagrada Comunión
en la Arquidiócesis de Portland



SEIS - DICIEMBRE DE 2019



1

Símbolos primitivos de la Eucaristía

En dos ocasiones Cristo alimentó a las muchedumbres que le siguieron al desierto con panes y peces que milagrosamente multiplicaron. En la primera de ellas, anotada por los cuatro evangelistas, cinco panes y dos peces saciaron la necesidad de cinco mil personas. En la segunda ocasión, que solo la menciona San Mateo (15, 32 sig.), siete panes y "algunos" pececillos fueron suficientes para cuatro mil personas. De acuerdo con la práctica de presentar solo los detalles necesarios para llevar el significado de un símbolo, los artistas Cristianos de las catacumbas representaron la milagrosa multiplicación como un banquete donde los invitados se ven compartiendo una cena de panes y peces.

En los frescos de esta categoría la fuente de inspiración del artista claramente la indican las cestas de fragmentos a ambos lados de la escena. El número de cestas representadas no siempre concuerda con la historia ya que

se le consideraba irrelevante en su relación con los símbolos. De los frescos eucarísticos, seis ilustran siete cestos y en otros tres frescos se ilustran dos, ocho y doce cestos respectivamente. El número de huéspedes en todas las simbólicas cenas eucarísticas invariablemente es de siete. Una particularidad que Wilpert estima se debe al gusto de los primeros cristianos por el simbolismo de los números. Según San Agustín (Tract. cxxiii, en Joan.), el número siete representaba la totalidad del mundo cristiano.

La más antigua representación eucarística en las catacumbas es el fresco conocido como "Fractio Panis", que ornamenta la "Capella Greca" en el cementerio de Santa Priscila. Wilpert data la fecha de este fresco, y de otras obras de esta capilla, a la primera parte del siglo II, y su opinión es generalmente aceptada. La escena presenta a siete personas en la mesa, reclinados en un diván semicircular, ilustrado sobre el receso en la pared de esta pequeña capilla subterránea, por ende cerca de donde una vez estuvo el altar. Uno de los comensales es una mujer. El sitio de honor a la derecha (in cornu dextro), es ocupado por el "presidente de la asamblea de hermanos" (descrito para el 150 al 155 por Justino, Mártir, en su obra Culto Cristiano), el obispo o un sacerdote escogido para sustituirle en la ocasión

(Apol. I, LXVI). El Presidente (proestos), un personaje venerable y barbudo, es presentado realizando la función descrita en los Hechos de los Apóstoles (2, 42-46; 20, 7) partiendo el pan, por ende el nombre "Fractio Panis", adecuadamente dado al fresco por su descubridor.

Hay que notar que esas palabras son frecuentemente usadas en la temprana literatura Cristiana no inspirada como un sinónimo para la Eucaristía, (para los textos ver Wilpert, "Fractio Panis", Freiburg, 1895).

Por tanto, el momento representado es aquel previo a la comunión, cuando al igual que hoy el celebrante divide la Sagrada Hostia. Como para disipar toda duda sobre el carácter de la imagen, el artista añade un detalle no encontrado en ninguna otra representación eucarística. Frente al celebrante coloca una copa de dos agarraderas, evidentemente el cáliz (calix ministerialis) de la segunda centuria.

Tales son las primeras representaciones de arte cristiano sobre el ofrecimiento de la Misa. Un reciente escritor considera la escena una representación de la celebración eucarística en conexión con el ágape funeral en el aniversario de alguna persona sepultada en la capilla. Desde esta perspectiva, los comensales en el banquete representan las relaciones del fenecido

asistiendo en una Misa de aniversario (*sacrificium pro dormitione*) para el descanso de su alma (Wieland, Mensa und Confessio, p. 139). En adición a esos únicos detalles demostrando la verdadera celebración de la Misa temprano en el siglo II, el autor de este fresco ilustra a la par con la realidad un símbolo de la Eucaristía. En el centro de la mesa hay dos platos, uno con cinco panes y el otro con dos peces mientras a ambos lados del diván hay siete cestas con pan están simétricamente distribuidas.

Siguiendo al "*Fractio Panis*", los más singulares frescos donde la milagrosa multiplicación es usada como símbolo eucarístico, lo son dos en la cripta de Lucinia que es la parte más antigua de la catacumba de San Calixto. Cada una consiste de un pez y una cesta con panes en un campo verde. A primera vista parece como si los peces estuviesen representados cada uno cargando una cesta con panes mientras nadan. Un minucioso examen de los frescos realizado por Wilpert demuestra que las cestas han sido puestas muy cercanas, pero no en los peces y que la supuesta superficie color azul verdaderamente es verde. Por ende el tema es la milagrosa multiplicación y la superficie verde representa un campo. Como símbolo de esas imágenes es particularmente impactante la

introducción de dos vasos, que contienen una sustancia roja, dentro de los cestos. Evidentemente, con este detalle, el artista tenía en mente la parte eucarística del vino. Consecuentemente, todos los frescos dejan en un observador del siglo II un mensaje cercano a: el pan milagrosamente multiplicado, junto al vino, forma la sustancia de la Eucaristía, que a su vez por un mayor milagro, se convierte en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.

Las varias escenas de los banquetes eucarísticos de las catacumbas apropiadamente simbolizaban la recepción de la Sagrada Comunión. En una ocasión anterior el artista representó, aparte de una representación de este carácter, un nuevo símbolo con especial relación a la Consagración. Esto consistió de una escena demostrando dos personas en torno al trípode donde hay pan y un pez. Una de las dos figuras es vestida en la túnica y pallium reservado en el temprano arte cristiano a las personas de carácter sagrado, mientras la otra queda localizada en el lado opuesto en actitud orante. La persona sagrada mantiene sus manos extendidas sobre el pan y los peces, así como un sacerdote tendiendo sus manos sobre el cáliz antes de la Consagración.



2

La Constitución sobre la Sagrada Liturgia (II)

Sacrosanctum Concilium es el título de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia emitida por el Concilio Vaticano II. Fue aprobado por los obispos reunidos por un voto de 2.147 a 4 y fue promulgado por el Papa Pablo VI el 4 de diciembre del 1963. En esta serie veremos ciertos aspectos del documento, especialmente con respecto a la Sagrada Eucaristía y la celebración de la Santa Misa.

La Instrucción recuerda que los Padres del Vaticano II continuaba el trabajo iniciado por el papa san Pío V, quien, en la promulgación del Misal Romano escribió que su objetivo era darle a la liturgia el mismo vigor que tenía en la tradición de los Padres. Durante los siglos posteriores, los sucesivos pontífices romanos dirigían sus energías para actualizar y aclarar los ritos y los libros litúrgicos, por ejemplo, la destacada obra del papa Benedicto XVI.

El siglo XX comenzó con el establecimiento de una Comisión especial por parte del papa san Pío X, con el fin de reformar la liturgia. Entre los temas a los que esta Comisión prestó atención especial fueron: la música litúrgica, el calendario litúrgico, la celebración del domingo,

la reforma del Breviario romano y cambios a la disciplina eucarística.

La obra del papa Pío IX para la revisión del texto de la Vulgata de las Sagradas Escrituras a menudo se ve ensombrecida por la renovación litúrgica realizada por su sucesor, el papa Pío XII. La carta encíclica *Mediator Dei* es reconocida como la precursora directa de la Constitución sobre la Liturgia. Para la Liturgia de las Horas, el papa Pío XII autorizó una nueva versión del Salterio, introdujo modificaciones del ayuno eucarístico, introdujo el uso de lenguas vernáculas en el Ritual Romano y emprendió la reforma de la Vigilia Pascual y la Semana Santa.

Durante este mismo período de renovación litúrgica preconiliar, hubo un notable resurgimiento de la investigación científica en fuentes patrísticas y litúrgicas. Sin una conciencia de los antecedentes históricos y el contexto de la renovación litúrgica, es imposible tener una imagen completa del desarrollo de la vida de la Iglesia.

A lo largo de los siglos, la Liturgia ha sido sujeto de modificaciones, solo hay un texto inmutable—el texto de la Sagrada Escritura.

La Iglesia se ha comprometido en todas las épocas a revestir la liturgia con palabras y

ritos que expresan los misterios eternos en su tiempo diferente. Así, en su oración como en su enseñanza, la Iglesia cumple con su responsabilidad como maestra de la verdad para proteger las cosas antiguas, es decir, el depósito de la tradición; al mismo tiempo cumple con otro deber, el de examinar y sacar con prudencia cosas nuevas (vea Mateo 13, 52).

De hecho, es apropiado que el trabajo de la revisión del Misal Romano coincida con el comienzo del nuevo milenio, para que las verdades eternas que la Iglesia siempre busca hacer nuevas para sus hijos se destaquen aún más en los primeros años del siglo XXI.

Como indicó el papa Juan Pablo II en *Vicesmus quintus annus*, los principios de la Constitución de la Sagrada Liturgia “son fundamentales para conducir a los fieles a una celebración activa de los misterios” (n. 5). La mayor parte de la renovación litúrgica autorizada por el Concilio Vaticano II ya se pasó, a pesar de las limitaciones humanas involucradas en tal trabajo, la inmensidad de la tarea realizada no podría haberse logrado sin el poder del Espíritu Santo. El trabajo del Concilio no ha terminado, y dado que una generación ha crecido reconociendo el Concilio como un evento histórico, es cada vez más importante recordar que aunque “la mayor

parte de los libros litúrgicos han sido publicados, traducidos y puestos en uso, es necesario mantener constantemente presentes estos principios y profundizarlos” (Vicesmus quintus annus n.5).

Los ritos para la celebración de la Eucaristía, como toda la reforma litúrgica postconciliar, tienen sus raíces en los mandatos teológicos del Sacrosanctum Concilium y las necesidades pastorales previstas por los Padres del Concilio hace más de cincuenta años.

“En efecto, la Liturgia, por cuyo medio "se ejerce la obra de nuestra Redención", sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia. Es característico de la Iglesia ser, a la vez, humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina; y todo esto de suerte que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos. Por eso, al edificar día a día a los que están dentro para ser templo santo en el Señor y morada de Dios

en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo, la Liturgia robustece también admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones, para que, bajo de él, se congreguen en la unidad los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor” [SC 2].

FUENTE *y* CUMBRE



3

La purificación de los vasos sagrados

tomado del Manual Litúrgico para la Arquidiócesis

1.61.1 Terminada la distribución de la Sagrada Comunión, se debe seguir las especificaciones del Misal Romano: el sacerdote, u otro ministro puede también, consume enseguida en el altar todo el vino consagrado que eventualmente sobró; en cambio, las hostias consagradas sobrantes las consume en el altar o las traslada al lugar destinado a la reserva eucarística.

1.61.2 La Preciosa Sangre no puede reservarse, excepto para dar la Sagrada Comunión a alguien que esté enferma o enfermo.

1.61.3 La reverencia que se debe a la Preciosa Sangre del Señor exige que se consuma debidamente después de que concluya la Comunión y nunca deberá vaciarse en la tierra ni en el “sacro”.

1.61.4 Las hostias consagradas sobrantes las consume el sacerdote en el altar o las traslada al lugar destinado a la reserva eucarística. El sacerdote, una vez que ha regresado al altar, recoge las partículas, si las hay.

1.61.5 El sacerdote, el diácono o el acólito instituido purifica los vasos sagrados, después de la Comunión o después de la Misa, si es posible, en la credencia. La purificación del cáliz se hace con agua o con agua y vino, que tomará quien haya purificado el cáliz. La patena se limpia, de ordinario, con el purificador.

1.61.6 Cuantas veces algún fragmento de la hostia quede adherido a los dedos, sobre todo después de la fracción de la Comunión o de los fieles, el sacerdote debe limpiar los dedos sobre la patena, y si es necesario, lavarlos. De modo semejante, si quedan fragmentos fuera de la patena, los recoge.

1.61.7 Luego, en el altar o en la credencia, purifica la patena o el copón sobre el cáliz; después purifica el cáliz, diciendo en secreto: Quod ore sumpsimus (Haz, Señor, que recibamos), y lo seca con el purificador. Si los recipientes son purificados en el altar, los lleva al ministro a la credencia. Sin embargo, está permitido dejar en el altar o en la credencia sobre un corporal los recipientes que se han de purificar, sobre todo si son muchos, convenientemente cubiertos y purificarlos enseguida después de la Misa, una vez despedido al pueblo.

1.61.8 Si tal purificación por los ministros ordinarios se resulta problemática en el

pastoral se debe tener en cuenta la distribución de la Sagrada Comunión por medio de la intinción, o bajo la especie del pan solamente.

1.61.9 Si se cae la Hostia o alguna partícula, se recogerá con reverencia; pero si se derrama algo de la Sangre del Señor, lávese con agua el lugar donde hubiere caído y luego échese esta agua en el “sacro” situado en la sacristía.

1.61.10 Después de la Comunión el pan consagrado que queda se reserva en el sagrario. Deberá tenerse cuidado de que no quede ningún fragmento en el corporal ni en los vasos sagrados. El diácono regresa al altar con el presbítero, y recoge y consume cualquier fragmento que quede.

FUENTE *y* CUMBRE

4

*El Sumo
Sacerdote
Aarón*

por
Juanes, Juan
de (Vicente
Juan Masip)
c.1547

Museo del Prado



Tres obras por Juan de Juanes fueron pintados (óleo sobre tabla) entre 1545–1550 y formaron parte del tabernáculo del retablo mayor de la iglesia de la Natividad de la Virgen en Fuente de la Higuera (Valencia), lo que explica el rico trabajo en oro tanto de los fondos como de las traseras de las tablas, que están esgrafiadas y policromadas. Las tres obras juntas transmiten un claro sentido eucarístico, con Jesús mostrando el cáliz y la Sagrada Forma, flanqueado por dos figuras del Antiguo Testamento: el rey Melquisedec, portador del pan y el vino y esta del sacerdote Aarón que lleva una vasija de incienso.

Aaron era fundador del sacerdocio judío y sumo sacerdote de Israel. Su madre, Iojebed, nació en Egipto y era hija de Leví. Iojebed se casó con su sobrino, Amram (hijo de Kohath), y dio luz a tres hijos: María, la primera, Aarón y Moisés, que nació cuando Aarón tenía tres años.

Las Escrituras no dicen nada acerca del nacimiento o la crianza de Aarón. Nada más dice que se casó con Eliseba, hija de Aminadab, del tribu de Judá, con quien tenía cuatro hijos: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar. Su cuñado, Naasón, era antepasado directo del rey David.

La primera mención de su nombre en las Escrituras aparece cuando Moisés, durante la visión en Monte Horeb, intenta rechazar la peligrosa misión que se le impone,

alegando ser lento de lenguaje y carente de elocuencia. Yahveh responde a su objeción y le dice que Aarón el levita estaba dotado de elocuencia y sería su portavoz.

Los discursos de Aarón al Faraón se vieron reforzados por los milagros que realizó con su bastón, transformándolo una vez en una serpiente y otra en flores y almendras. Además, al extender su bastón a pedido de Moisés, trajo las primeras tres plagas: sangre, ranas y piojos; y, en cooperación con Moisés, produjo la sexta plaga, forúnculos, y la octava plaga, langostas.

Es significativo que, cuando realizó sus maravillas, no fue en virtud de ninguna habilidad innata o iniciativa individual, sino solo por orden divina, mediada por Moisés. Los dos hermanos ya eran viejos, Aarón tenía 83 años y Moisés 80, cuando el Faraón finalmente cedió a su pedido y dejó ir a los israelitas.

Después de la marcha de Egipto, Aarón ya no era una figura central en los eventos, sino solo un jugador secundario al lado de Moisés. No jugó ningún papel importante en el cruce del mar Rojo, los himnos de la victoria o la crisis del agua en Mará. Reapareció más tarde en relación con el incidente del maná.

Durante la batalla que los israelitas lucharon contra los amalecitas, Aarón,

junto con Hur, apoyó las manos de Moisés estiradas hacia arriba para asegurar la victoria. Más tarde, nuevamente con Hur, Aaron actuó como diputado de Moisés cuando su hermano subió al Monte Sinaí para recibir las dos tablas de piedra de la Ley.

Durante la prolongada ausencia de Moisés en la montaña, Aaron cedió a la presión de la gente e hizo con sus joyas un becerro de oro que se convirtió en causa de apostasía. A pesar de su participación en este incidente, no fue castigado ni descalificado del sacerdocio. La gente, por otro lado, fue severamente castigada cuando los levitas, por orden de Moisés, mataron a unos 3.000 de los adoradores de ídolos.

Aunque Aaron no participó en la construcción del santuario portátil, él y sus hijos fueron nombrados sacerdotes y consagrados a ese cargo por Moisés. Durante las ceremonias de consagración, dos de sus hijos, Nadab y Abihú, murieron cuando quemaron incienso prohibido ante el Señor, una pérdida trágica que Aaron sufrió en resignación silenciosa.

Una vez al año en el gran Día de la Expiación. Aaron podía entrar el Santuario Sagrado, la parte más sagrada de la Tienda del Testimonio, llevando su ofrenda.

Unos meses después, Aaron cometió una nueva falta: él y María "murmuraron contra Moisés por causa de la mujer kusita que había tomado por esposa. Del pasaje entero, sobre todo del hecho que sólo María fue castigada, cubierta de lepra. Ella fue expulsada del campamento por siete días, hasta que su piel se curó. Aaron, nuevamente, no fue castigado.

Aaron y Moisés fueron el blanco de una seria revuelta dirigida por su primo, el levita Coré, quien afirmó que todos los miembros de la congregación eran igualmente santos. La tierra se abrió y se tragó a Coré y sus seguidores. Para demostrar el estado especial del sacerdocio y los levitas, Moisés colocó un palo de cada una de las tribus en la Tienda del Testimonio y los dejó allí durante la noche. El día siguiente, el palo que representaba a la tribu de Leví, que tenía inscrito el nombre de Aaron, era el único que brotaba flores y almendras.

En una ocasión, la gente le reclamaron a Moisés, porque morían de sed. Dios le dijo a Moisés: "Preséntate al pueblo, toma tu varilla y junto con tu hermano Aaron reúne a toda la comunidad. Y a la vista de todos le dirás a la roca que dé agua. Harás que brote para ellos agua de la roca y se la darás a beber a la comunidad".

Luego Moisés y Aarón reunieron a la comunidad frente a la roca. Esta vez, Moisés no pudo controlar su ira y su frustración con los israelitas que se quejaban constantemente. Perdió la paciencia y gritó: “¡Oigan, pues, rebeldes! ¿Así que nosotros vamos a hacer brotar para ustedes agua de esta roca?” (Números 20, 10). Después, Moisés levantó la mano y golpeó dos veces la roca con su varilla. Entonces brotó agua en abundancia y tuvieron para beber la comunidad y su ganado.

Pero Dios dijo a Moisés y Aarón: “¡Ustedes no han tenido confianza en mí! Ya que no me glorificaron ante los israelitas, no harán entrar a esta comunidad en la tierra que les daré” (Números 20, 12).

Así que Aarón no sobrevivió para entrar en la tierra prometida. Él murió en el Monte Hor, cerca del sur del mar Muerto de 123 años de edad. Los israelitas lamentó su muerte por 30 días, el mismo número de días que lamentaban cuando, algún tiempo después, Moisés murió. Aarón fue sucedido como Sumo Sacerdote por su hijo Eleazar.

Aarón, primer sumo sacerdote de la Antigua Alianza, es naturalmente una figura de Jesucristo, primer y único sacerdote soberano de la nueva dispensación. El escritor de la Epístola a

los Hebreos fue el primero en resaltar los rasgos de este paralelo, indicando especialmente dos puntos de comparación. Primero, la llamada de ambos, sumos sacerdotes: “Y nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, lo mismo que Aarón. De igual modo, tampoco Cristo se apropió la gloria del sumo sacerdocio, sino que la tuvo de quien le dijo: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy.” (Heb. 5,4-5). En segundo lugar, la eficacia y duración de ambos sacerdocios. Desde este punto de vista el sacerdocio de Aarón es inferior al de Jesucristo. Si de hecho, el anterior hubiera sido capaz de perfeccionar a los hombres y comunicarles la justicia que agrada a Dios, otro habría sido inútil. Dada su ineficacia, requirió uno nuevo, y el sacerdocio de Jesús ha tomado para siempre el lugar del de Aarón (Heb. 7,11-12).

Juan de Juanes era uno de los más importantes pintores del renacimiento español, dominador absoluto del panorama valenciano a mediados del siglo XVI. La autoría de algunas de sus obras está todavía en discusión, adjudicándose a su padre, el pintor Juan Vicente Masip que, activo ya en 1493, fue, sin duda, uno de los grandes pintores valencianos de la primera parte del quinientos.

5

Mysterium Fidei



El 3 de septiembre del 1965, el papa Pablo VI publicó la carta encíclica *Mysterium Fidei* acerca de la doctrina y el culto de la Sagrada Eucaristía. El documento fue sin precedentes, emitido durante el Concilio Vaticano II. También era un documento urgente porque proporcionaba la base doctrinal necesaria para la Constitución sobre la Sagrada Liturgia.

Con una visión profética, Pablo VI previó que, si la renovación litúrgica deseada es seguir siendo católica, debe basarse en la fe histórica de la Iglesia en la Presencia Real.

Cuando *Mysterium Fidei* se publicó por primera vez, sorprendentemente durante el Concilio Vaticano, muchos se preguntaron por qué el Papa se preocupaba en preservar la fe de la Iglesia en la presencia eucarística de Cristo. Por eso, él pasó por una serie de reflexiones, cada una basada en lo anterior, para mostrar que a menos que creamos en la presencia física de Cristo, efectuada por el sacerdote en la Misa, no tenemos una reforma litúrgica realmente católica y ya no tenemos una Liturgia eucarística.

El papa Pablo comenzó con el tema del “misterio de la fe” en la Presencia Real como “defensa contra todo veneno de racionalismo”. Hizo hincapié en el hecho de que este es un misterio revelado que debe abordarse "sobre todo con humilde obediencia, sin depender de consideraciones humanas". Nuestra razón por sí sola no puede comprender cómo "el verdadero cuerpo de Cristo y su verdadera sangre están en este sacramento". Luego cita a Cirilo, diciendo: “No entretenga dudas acerca de la verdad de eso; sino que acepte las palabras del Salvador con fe; porque Él es la verdad, Él no miente”.

Uno tras otro, Pablo VI cita los grandes maestros de la Iglesia, mostrando que la fe en la presencia real y corporal de Jesucristo en el Santísimo Sacramento pertenece al tesoro histórico de la enseñanza católica. San Agustín afirma: "lo que desde los días de la antigüedad fue predicado y creído en toda la Iglesia con verdadera fe católica es cierto, incluso si no se demuestra por ningún argumento, explicado por ninguna palabra" (*Contra Julianum*, 6,5,11).

Más aún, afirma San Buenaventura: “Que Cristo está en el sacramento como signo, no ofrece dificultad alguna; pero que esté verdaderamente en el sacramento, como en el cielo, he ahí la grandísima dificultad;

creer esto, pues, es muy meritorio” (In IV *Sententiarum*, 10,1,1)..

No es solo que la Iglesia siempre ha creído en la Presencia Real, sino también ha definido su fe en palabras precisas. Admitir algo como el desarrollo legítimo de la doctrina; incluso la modificación autoritaria del lenguaje por parte de la Iglesia, sin embargo, el significado de la doctrina de la Presencia Real permanece sin cambios. Citando el Vaticano I, el papa dice, “el sentido de los dogmas, que nuestra santa madre la Iglesia ha propuesto de una vez para siempre, debe ser mantenido permanentemente y no se puede abandonar con la vana pretensión de conseguir una inteligencia más profunda” (“Sobre la doctrina católica”).

Mysterium Fidei es un documento notable que vale la pena el tiempo de cualquier persona interesada en la enseñanza de la Iglesia con respecto a la Sagrada Eucaristía.

Lea la carta encíclica [AQUÍ](#).



ARQUIDIÓCESIS
DE PORTLAND EN
OREGÓN